



Fotografía de Carmela García, *Sin título*,
2001

Identidad, género y espacio urbano

José Miguel G. Cortés*

En este texto se habla de las complejas relaciones entre edificios y cuerpos, estructuras y géneros, entornos y relaciones que han caracterizado algunos de los intentos por desestabilizar las convenciones de la arquitectura más tradicional. Es una aportación a las polémicas y discusiones que ha surgido en estas últimas décadas y que tratan de poner en duda el sentido hegemónico del espacio urbano y la configuración de las ciudades, entendidas estas como un cúmulo de usos, percepciones, sistemas simbólicos y de representación, cuya relevancia se modifica en relación con el tiempo, la cultura, los grupos sociales, las relaciones sexuales o los comportamientos de género. Ciudad, sexualidad, control social

Las concepciones arquitectónicas y urbanísticas más tradicionales han confiado en el levantamiento de un sistema inmunológico que consiste en basar todas sus opciones en pretendidos planteamientos profesionales de carácter técnico (de contenido geométrico o espacial), con tal de evitar abordar el problema de la diferencia, sea ésta de tipo social, sexual o de género, y que ella “contamine” su práctica y su teoría. Sin embargo, generalmente, otros puntos de vista más contemporáneos y más comprometidos con el entorno socio-cultural entienden la ciudad como un territorio, un lugar ocupado por los sectores mayoritarios y un lugar de tránsito para las minorías. Así, lo que en un principio se presenta como decisiones puramente económicas o pragmáticas, revelan conceptos bastante tradicionales acerca de la naturaleza de los seres humanos y de las relaciones sociales. De este modo, a la ciudad planificada por determinados arquitectos y urbanistas vinculados al poder, se les opone la ciudad practicada por aquellos y aquellas que la usan día a día y la dotan de contenido con sus actos cotidianos, ya que cada grupo social necesita encontrar espacios y lugares, signos y señales con los que poder identificarse y reforzar su identidad. La existencia y el reconocimiento de cada minoría de las que componen la ciudad no se contraponen a la integración global en la misma, sino que la facilitan al contribuir a la cohesión interna de los colectivos sociales y a su visibilidad en el magma urbano.

No hay que olvidar que la ciudad (tal y como explico en mi último libro *Políticas del Espacio. Arquitectura, género y control social*), con su

* José Miguel G. Cortés es profesor de Teoría del Arte de la Facultad de Bellas Artes de Valencia. Ha sido director del *Espai d'art Contemporani de Castelló*. Ha escrito libros como: *Políticas del espacio. Arquitectura, Género y Control Social*, 2006; *Hombres de Mármol. Códigos de representación y estrategias de poder de la masculinidad*, 2004; *Orden y Caos. Una historia cultural sobre lo monstruoso en el Arte*, 1997; *El Rostro Velado. Travestismo e identidad en el arte*, 1997; *El Cuerpo Mutilado o la angustia de muerte en el arte*, 1996.

particular disposición geográfica, proporciona el orden y la organización de la convivencia; es el medio por el cual la corporeidad es social, sexual y discursivamente producida. El espacio se limita, se jerarquiza, se valora, se cambia, y las formas que se utilicen para ello afectan a la manera en que se experimenta el medio urbano y a cómo el sujeto ve a los “otros”. El espacio no es un mero escenario en el que de vez en cuando ocurren cosas, sino el resultado conjunto de la acción y del discurso de los diferentes sectores sociales. El espacio, por ello, no es algo inerte, sino un lugar significativo en la construcción de la identidad. Tanto las personas como los espacios tienen un género, y las relaciones sociales y las espaciales se generan mutuamente.

La forma y la estructura de la ciudad orientan y ayudan a organizar las relaciones familiares, sexuales y sociales, co-producen el contexto en el cual las reglas y las expectativas sociales se interiorizan en hábitos para asegurar la conformidad social. La ciudad es un conjunto de identidades que se suman, se confrontan o viven de forma más o menos aislada unas de otras. En cambio, la cultura arquitectónica tradicional ha mantenido reprimida la sexualidad del espacio, ha conservado el espacio esterilizado como una economía técnica bajo el control del mito de la arquitectura proyectista. Por esta razón, una de las tareas pendientes en la ciudad contemporánea es la reinvención del erotismo en sus calles y relaciones, convertirla en un lugar de transparencia y sentido, pero también de misterio y transgresión.

De este modo, podemos entender el cuerpo como un elemento fundamental de la arquitectura y la memoria del lugar. El cuerpo es algo más que aquello que se observa externamente, es el espejo y la forma que adquieren muchas de las aspiraciones personales, es la parte visible del deseo de perfección humana. Es considerado el símbolo personal y social de la identidad, la cual es una estrategia que usamos para dar sentido o negarnos a nosotros mismos, un elemento básico mediante el cual es construido. Por tanto, el cuerpo no es simplemente, o tan sólo, un organismo, sino también un vehículo metafórico lleno de significados. Así, existe una estrecha ligazón entre el cuerpo físico y el social, una relación que únicamente puede ser entendida en el contexto de la construcción social de la realidad. En este sentido, el cuerpo debe ser visto como el primer lugar de la experiencia social, el lugar donde la vida social se convierte en una experiencia vivida. Para entender el cuerpo necesitamos saber quién lo controla, cómo se mueve a través de los espacios y el tiempo de la vida diaria, quién conoce sus placeres, sus sensualidades, sus comportamientos en la esfera pública y privada...

La representación del cuerpo (una particular y reconocible forma) significa una especie de código que debe ser leído o entendido como un intento de responder a la búsqueda de identidad. La necesidad de conformar el cuerpo a los valores que prevalecen en cada sistema social es un fenómeno universal que genera una gran ansiedad, y ninguna sociedad, desde la más arcaica a la más sofisticada, está exenta de un código de representación social de este cuerpo. La manipulación, conformación y decoración del cuerpo se refiere básicamente a la percepción, por parte de los otros, de nuestra persona como un ser con un lugar reconocible en el sistema cultural. En este sentido, hay que ser muy consciente de que uno de los signos más claros de la identidad personal es el cuerpo humano y, por tanto, debe ser entendido como una metáfora fundamental en el contexto de la construcción social de la realidad en el cual esa identidad es analizada. Más allá de un mero organismo físico y/o material, el cuerpo necesita ser comprendido como una especie de código para situarnos en el mundo y entender quiénes somos. De hecho, en la sociedad occidental la configuración de nuestro propio cuerpo influye de forma harto evidente en nuestra existencia social y cultural. Así, en una época basada en la juventud, la salud, y la belleza física, el cuerpo se presenta como un símbolo que llega a generar una gran ansiedad emocional. En un mundo donde la apariencia y la "imagen" han llegado a convertirse en los valores supremos, el cuerpo no sólo transmite mensajes a la sociedad en la que vivimos, sino que se convierte él mismo en el contenido de los mensajes y refleja hasta qué punto se han asimilado las normas reconocidas socialmente.

Por tanto, el cuerpo funciona como un signo económico, espacial y cultural, es un vehículo que ayuda a fijar el vocabulario de los roles de los géneros. El cuerpo no es sólo creado social y culturalmente, sino también psíquicamente; en este sentido, más que un punto de partida, o una fuente de reconocimiento, la imagen del cuerpo es el efecto, el resultado, la construcción que se produce a través de la subjetivización de las estructuras que preceden nuestra entrada en el mundo. Así, el ideal para el cuerpo del hombre, incluso en su ausencia, ha sido siempre la acción (demostrada o implícita), y por esta razón uno de los mayores miedos masculinos es el de la pasividad y lo que ello conlleva en cuanto a la pérdida de privilegios y el devenir como una mujer. La fantasía metonímica requiere un ideal de acción por el cual el hombre debe constantemente medir su sexualidad o estar en peligro de perderla. El ideal activo protege al hombre de deslizarse dentro del rol social subordinado reservado para la mujer. Existe la idea básica de que si el hombre no domina y controla la situación, ésta puede controlarle hasta

hacerle perder su masculinidad y caer en posturas femeninas. Por eso la representación del cuerpo del hombre no es una imagen como otra cualquiera, sino que posee un estatus especial que conecta con los conceptos de poder y moralidad social y que la convierte en una especie de medida de las costumbres culturales de un momento histórico (el sentido de identidad es ampliamente dependiente de la habilidad para representarse a sí mismo en el mundo). La figura del cuerpo masculino está siempre mediatizada por las representaciones de las imágenes corporales construidas ideológicamente, las cuales tienen el poder de modelar los ideales sociales (nuestra mirada está absolutamente condicionada por un sistema patriarcal en el que el hombre ostenta el papel de creador, propietario y espectador). No existe el cuerpo natural y sin condicionamientos, sino más bien un código representacional dotado de significados específicos en cada época y emplazamiento.

El cuerpo es el lugar donde se localiza al individuo, aquello que establece una frontera entre el yo y el otro, tanto en el sentido personal como en el físico, algo fundamental para la construcción del espacio social. Pero sabemos que el espacio no es algo dotado de propiedades meramente formales, que no es algo preexistente ni vacío de significado. Es el cuerpo (pero no un cuerpo genérico, sino uno definido y concreto), con sus capacidades de acción y sus energías, el que crea y produce el espacio, al tiempo que es producido por él en un marco histórico y temporal específico que en cada momento establece las pautas de comportamiento, pues no deberíamos olvidar que, como escribe Linda McDowell, los espacios surgen de las relaciones de poder, las relaciones de poder establecen las normas; y las normas definen los límites, que son tanto sociales como espaciales, porque determinan quién pertenece a un lugar y quién queda excluido. Por esa razón, la configuración de la ciudad revela, a todo aquel que esté atento, que el espacio (tal como explica Henri Lefebvre) se califica, en función del cuerpo, mediante un conjunto de pistas, trazos y huellas que hablan de acontecimientos políticos, sociales y culturales que ayudan a conformarlo. De este modo, en su estructura arquitectónica se refleja el pasado y cristalizan las proyecciones de la sociedad. Es por ello por lo que numerosos arquitectos y artistas, que se interesan por la ciudad y se interrogan por conocer cómo la arquitectura ocupa y define el espacio social, están interesados en plantear visiones que tratan de desterrar los lenguajes universalistas. Lenguajes y códigos que, bajo una pretendida neutralidad técnica y descriptiva, contribuyen a la perpetuación de las discriminaciones y se convierten en la expresión de una geometría autoritaria que sustenta el pensamiento hegemónico, reproduce la subordinación de lo femenino,

agudiza las diferencias sociales y niega la existencia espacial de las minorías.

Tal y como explica, el crítico y arquitecto, Aaron Betsky, en una cultura dominada por la masculinidad la imaginería del cuerpo masculino está en cualquier lugar, desde la construcción fálica de los rascacielos a las construcciones 'musculares' de nuestros edificios cívicos. Los roles del hombre y su poder se hacen reales a través de la arquitectura. Especialmente cuando el hombre masculino controla y vigila el espacio urbano, hace pasar sus intereses por los intereses globales de la sociedad y, para ello, no tiene problema en presentarlo como un espacio descorporeizado, indeterminado, como si no poseyera ningún carácter específico, es decir, neutral. Pero, eso sí, a todos los sectores que no participan de su manera de entender la sexualidad o los géneros se les niega el derecho a ser vistos, identificados, representados, se les quiere hacer invisibles y silenciosos. Y, a menudo, lo consigue.

De todos modos, es cierto que entre la arquitectura y los géneros se establece una difícil y compleja interdependencia, ya que ambos son producciones culturales y como tal son consecuencia de una época histórica determinada y, por tanto, susceptibles de modificación. En el mundo occidental la subordinación cultural de lo femenino por parte de la masculinidad hegemónica se define, en el caso específico de la construcción del espacio social, más por todo aquello que se niega que por aquello que se dice. Y, sin embargo, el espacio urbano establece – en su distribución, utilización, transferencia y simbolización – jerarquías y prioridades que favorecen determinados valores y anulan otros. Así, mientras el trabajo y las actividades masculinas (y sus necesidades y prioridades) son los que organizan mayoritariamente la casa y la ciudad, ambos se adaptan a los movimientos, tiempos y deseos de la masculinidad; del mismo modo que se omiten las experiencias diferentes o disidentes a la misma.

De esta forma, el hombre masculino se apropia, controla y vigila el entorno urbano y consigue dos aspectos fundamentales: el primero trata de dotar al espacio de características pretendidamente femeninas, tales como la pasividad, la inercia o el mutismo, con el fin de presentarlo como algo neutro; el segundo, hacer invisibles, encerrar otras posibilidades sexuales y de género con el propósito de descorporeizar y dessexualizar el terreno de la ciudad. De esta manera, parece que sólo existe un cuerpo, una sexualidad y un género, el mayoritario que se quiere hacer pasar como el único, con lo cual la ideología masculina dominante es reproducida constantemente en el espacio. Con estos objetivos, el diseño arquitectónico (a través del establecimiento de códigos

y convenciones) crea el espacio donde la subjetividad humana es erigida y activada; la organización espacial ayuda a construir una representación de las relaciones de género que presentan los privilegios y la autoridad de la masculinidad como algo natural; es decir, no es que el espacio contenga las identidades de género, sino que éste es un elemento constitutivo de las mismas.

Por esa razón creo que es importante comprender la construcción de los géneros en relación a la conformación del espacio. Así, y al igual que el cuerpo es el primer lugar del individuo, entiendo que la comprensión de los diversos géneros debe ser inscrito en una compleja y discursiva categoría que no puede ser analizada independientemente de otros diversos componentes de eso que se puede llegar a entender como identidad. Los individuos no nacen como seres humanos totalmente *acabados*. Lo que llegan a ser es el resultado (siempre provisional) de un proceso continuo de absorción de estructuras culturales y espaciales a partir de la base de una serie de impulsos y potencialidades, sujetos a deseos y pulsiones conflictivas. En consecuencia, las personas no son un producto definido por imperativos biológicos, ni tampoco el resultado simple de las relaciones sociales. Existe un ámbito psíquico, con sus propias normas e historia, en el que las posibilidades biológicas del organismo adquieren su significado. Por ello, lo que denominamos *identidad* es un logro siempre precario que se ve constantemente socavado por los deseos reprimidos que constituyen el inconsciente. La complejidad de la construcción de la masculinidad y la feminidad queda evidenciada cuando nos damos cuenta de la multitud de factores que intervienen en ese proceso; así, y según asegura Jeffrey Weeks, las masculinidades, como las feminidades, son prácticas sociales y no verdades eternas, y se forman en la interacción entre lo biológico, lo social y lo psicológico. La 'masculinidad' es por tanto, y en la medida en que podemos definirla con claridad, a la vez un lugar de relaciones de género, el conjunto de prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres se sitúan a sí mismos en relación con el género, y los efectos de dichas prácticas en las experiencias corporales, en la personalidad y la cultura. Las relaciones de género se organizan en la intersección entre el poder, la producción y la emoción, dando lugar a una multitud de masculinidades – hegemónicas, subordinadas, marginadas y opositivas – que coexisten e interactúan simultáneamente y que se configuran, todas ellas, en circunstancias históricas específicas.

Dentro de la estructura ideológica de la cultura occidental, patriarcal y heterosexista, la masculinidad ha sido tradicionalmente estructurada



Fotografía de Felix Gonzalez Torres, *Sin título*, 1991

como el género normativo. Sin embargo, los estudios feministas y gays han desafiado, en las últimas décadas, la impermeabilidad de ese planteamiento para enfatizar la multiplicidad de la identidad y subrayar cómo el género es articulado a través de una gran variedad de estructuras lingüísticas, institucionales, espaciales y culturales, así como por un conjunto de influencias, algunas de las cuales somos capaces de controlar y otras no. Todo ello, para concluir que la identidad del género no es algo neutral ni mucho menos accidental, sino que actúa como un ideal coercitivo que tiene la misión fundamental de proteger la norma hegemónica del heterosexismo y la misoginia. Las diversas reflexiones provenientes de los movimientos feministas y gays han demostrado en sus múltiples análisis cómo el género es un constructo social, conformado por circunstancias históricas y discursos sociales y no por circunstancias biológicas, fundamentalmente azarosas. Y es en este sentido donde el concepto de género, más que permanecer estático y reactivo, es inevitablemente performativo, continuamente desplegado como una compleja puesta en escena de auto-representación y auto-definición. Por esa razón nunca el género, algo complejo y resbaladizo de definir, se puede entender en su totalidad en un momento histórico determinado.

Creo que podemos asegurar que no existen (en sentido biológico) rasgos, actitudes, temperamentos o aspectos propios e intrínsecos de un sexo, sino unos modelos sociales de comportamiento seleccionados y fijados culturalmente en función de la evolución histórica de cada sociedad.

Los trabajos de Judith Butler han sido fundamentales para tener esta visión histórica y antropológica que entiende el género como una relación entre sujetos socialmente constituidos en contextos específicos. Para la autora norteamericana, el *género* no es un sustantivo, ni tampoco una serie de atributos vagos, el género resulta ser performativo, es decir, que constituye la identidad que se supone que es, el género siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se puede considerar preexistente a la acción, no hay una identidad de género detrás de las expresiones de género; esa identidad se constituye performativamente por las mismas 'expresiones' que, según se dice, son resultado de ésta. Creo que podemos concluir, según lo que dice Judith Butler, que el hacer lo es todo y que no se "es" nada más allá del producto del devenir permanente y continuo. Si, parafraseando a Simone de Beauvoir, y siguiendo las bases metodológicas de la escritora americana, no se nace hombre ni mujer, sino que se *llega a serlo*, entonces existe la posibilidad de intervenir en esa práctica discursiva que se está constantemente conformando y dotarla de nuevos significados. Por tanto, podemos afirmar que no existe la masculinidad ni la feminidad en sí misma. La masculinidad, al igual que la feminidad, se va adquiriendo en un proceso de aprendizaje, a veces muy duro, en el cual una es producto de la otra, ya que ambas se construyen y se definen una en relación (negación) a la otra.

Los géneros aparecen socialmente como modelos de comportamiento que se imponen a las personas en función de su sexo, intentando crear una vinculación directa hombre = masculino, mujer = femenina. Sin embargo, que lo femenino no es algo exclusivo de las mujeres, ni lo masculino de los hombres, parece algo evidente. De todos modos, ese razonamiento todavía se utiliza ideológicamente para desvalorizar todo aquello que se puede entender o clasificar bajo el término de femenino, ya lo desarrollen los hombres o las mujeres. La feminidad está continuamente interrogada, en la tentación de dejarla fijada de una vez por todas, mientras que la masculinidad permanece incuestionada. Así, la mujer es presentada como lo extraño, lo desconocido, lo indefinido. Por contraste, lo masculino participa de todas las cualidades de lo sólido: es claro, límpido, bien delimitado, firme y, sobre todo, natural. Con estos planteamientos se consigue dotar a cada género de un código claro y conciso que enuncia cómo debe comportarse y actuar cada uno

dependiendo de su sexo-género, al tiempo que se crea un sistema de jerarquías donde lo masculino no es únicamente diferente de lo femenino, sino que además es ofrecido como superior. Esta concepción misógina y homófoba del papel de los géneros se basa en la idea central del rechazo de la pasividad (una actitud entendida como absolutamente femenina). Si un hombre no domina y controla la situación, será controlado por ella y perderá su masculinidad, es decir, el poder y sus privilegios.

La identidad de género (masculino o femenino) señala la forma en que satisfacemos nuestras necesidades, los medios de que nos valemos para obtenerlas y los modos en que nos relacionamos con otras personas. La existencia de diferencias tan marcadas entre los géneros es el producto de una desigual distribución de responsabilidades en la producción social de la existencia que beneficia claramente a la masculinidad. Los valores de género son un producto del entorno social (de la educación más que de la naturaleza) y un factor decisivo en la comunicación que transmitimos a través del lenguaje y la apariencia (aspectos tales como los movimientos, los gestos, las expresiones, el tono de voz, los lugares que ocupamos o el tipo de ropa que usamos), o la que *leemos* en los otros, es decir, cómo percibimos, interpretamos, etiquetamos y usamos la información que nos llega de otros individuos. Y en estos elementos de interacción con los demás que nos sirven para definir la identidad, tienen una destacada importancia los referidos a las divisiones espaciales, las cuales han sido trazadas históricamente siguiendo unas oposiciones binarias en función del género: lo público enfrentado a lo privado, el fuera al dentro, el trabajo exterior al interior, la producción al consumo...; todo ello forma parte de un sistema de demarcación social compuesto de una intrincada red de símbolos. Son códigos no neutrales (a los que asignamos significados y nos transmiten significados) que nos sirven para hablar de los valores que conforman la existencia. Es decir, construimos imágenes de nosotros mismos y las proyectamos a través de nuestras apariencias, apariencias que ejemplifican la sumisión o el cuestionamiento de los roles sociales asignados y el posicionamiento, o no, dentro de la jerarquía establecida.

Por estas razones, podemos decir que la masculinidad no se tiene, sino que se ejerce, y el poder es el eje central de su constitución y ejercicio. La identidad masculina nunca viene dada, por el contrario, se tiene que ir consiguiendo, afianzando y definiendo, siempre, en relación con los "otros". Más que una realidad inalterable y fija, la masculinidad es un efecto de la cultura, una construcción, una *performance*, una mascarada. Así, para que la masculinidad pueda mantenerse es necesario ubicar a esos otros en una posición que, subjetivamente, tenga valor de

femenina. La masculinidad no es una esencia ni universal ni natural ni constante, sino un ensamblaje fluido y cambiante de significados, actitudes y comportamientos que varían significativamente según los contextos (de edad, raza, clase social, religión, opción sexual...) en los que se desarrolla y que se refiere a relaciones de dominio, marginación y complicidad entre las personas. A mi modo de ver, no existen diferentes tipos de masculinidad, ya que la masculinidad no es ni más ni menos que una ideología, un constructo cultural destinado a justificar la dominación masculina. Creo que podemos llegar a decir que tan sólo existe una manera de entender la masculinidad: aquella que se basa en el ejercicio del poder como sinónimo del comportamiento del hombre. Ya no pienso que existan masculinidades dudosas, y cuando parece que las hay, cuando se empieza a poner en duda lo que organiza y estructura la masculinidad, cuando se adquieren otras formas de relacionarse y se transgreden las normativas, son gradaciones de actitudes que se van alejando de la masculinidad y ésta empieza a desaparecer, empieza a convertirse en otra cosa, al tiempo que se inicia un proceso de convergencia, de relación rica, fluida y plural con otros comportamientos que nos permiten acercarnos a territorios más ambiguos que comparten espacio con la feminidad.

El principio masculino hegemónico se instituye como el parámetro a través del cual se mide todo lo demás: relaciones sociales, comportamientos afectivos y sexuales, utilización del espacio, actitudes físicas, formas corporales... Se ha conseguido imponer una forma de ser particular como la única posible y natural, y se ha impuesto su estructura, sin que lo parezca, a esos otros sectores (fundamentalmente mujeres y gays) para que la tomen como propia y, si no lo consiguen, que se sientan culpables, minusvalorados e inferiores por no estar a la altura del ideal necesario para ser considerado un ser (hombre) normal. El orden masculino ha conseguido impregnar el inconsciente colectivo de unos esquemas estructurales, tanto éticos como sociales y simbólicos, que vienen a acreditar el orden masculino no sólo como el único posible, sino como un orden neutro al servicio del conjunto de la sociedad y sobre el cual no se puede discutir, pues es inevitable.

La interiorización de la dominación en el ánimo del dominado es lo que garantiza su sumisión al orden social y a sus jerarquías. Como ha escrito Pierre Bourdieu, la fuerza del orden masculino se ve en que no le hace falta justificarse en discursos que tienen por objetivo legitimarlo. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se ha fundado. Un sujeto es siempre producido por el orden social que organiza las experiencias de los individuos



Fotografía de Alicia Framis, *Well-matchedhouse*, 2001

en un momento determinado de la historia, es el producto de la subordinación a un conjunto de reglas, de normas y de leyes que estructuran sus vivencias, de manera que es imposible hablar de la *dominación masculina* si no se tienen en cuenta las instituciones que se afanan en perpetuar el orden sexual establecido; cualquier análisis de género debe conllevar, por tanto, un análisis del poder que lo hace posible.

Y es en este sentido que se debe entender la segregación espacial como uno de los mecanismos por los que el grupo con más poder perpetúa su ventaja, ya que a través del espacio se controla el acceso al conocimiento y a los mecanismos de decisión y prestigio. A partir de ahí, y en tanto en cuanto la ciudad puede ser considerada como el espacio más inmediato y concreto para la producción y circulación del poder, es necesario plantear un concepto urbanístico que tenga en cuenta el contexto sociocultural y la participación de los sectores marginados, para que no quede ninguna realidad sin representación y no existan más cuerpos ausentes, para ir más allá de una concepción de la ciudad meramente formal que perpetúe los intereses de una minoría privilegiada. Por ello, cuando el punto de vista sobre la ciudad se disfraza de neutralidad, lo que realmente se está defendiendo es un espacio que reproduce la subordinación de los discursos feministas y niega las diferencias sociales y sexuales, alentando los lenguajes universalistas que contribuyen a la perpetuación de las discriminaciones en contra de la diversidad y la pluralidad.

En este sentido, otro aspecto fundamental de esta división de género es la que se establece a través de la organización de los espectadores dentro del mismo espacio. La masculinidad se alza con la autoridad visual, mientras que la feminidad es relegada a lugares sin poder; así, la distribución espacial de la mirada subraya los privilegios culturales del hombre por acceder a la visión. Es decir, el carácter de género del espacio debería ser entendido como una composición coreográfica en la que los distintos sectores se relacionan en un espacio que es construido y representado a través de las implicaciones sociales producidas por la mirada y el movimiento, tales como: sujeto/objeto, activo/pasivo, espectador/espectáculo, masculino/femenino..., configuraciones binarias que la mirada establece y que por tanto pueden ser cuestionadas y desestabilizadas. Los espacios no contienen significados inherentes a ellos mismos, más bien estos les vienen dados a través de las diferentes actividades que en ellos llevan a cabo los diferentes actores sociales. La jerarquización de dichos espacios se mide tanto por las relaciones que en ellos se establecen como por la elaboración de las referencias simbólicas que se utilizan o por las personas que los ocupan.

La arquitectura, la construcción de entornos urbanos, es una forma de representación que se compone de imágenes y textos; son creaciones culturales, ya que tanto el proceso de construcción como las formas planteadas expresan valores ideológicos y conllevan normas de comportamiento y relación que dotan de contenido muy específico a la realidad urbana. Un contenido que mayoritariamente suele responder a la subjetividad de los hombres blancos, misóginos y heterosexistas, que además poseen un cierto poder económico, tienen vehículo propio, son independientes, no envejecen ni necesitan ayuda... Es decir, un arquetipo de habitante bastante minoritario y que es estático, no evoluciona. Una apuesta ideológica que consigue hacer invisibles a las mujeres y a los diversos sectores sociales minoritarios y que, en cambio, se quiere interpretar como una propuesta “neutral” y óptima para el conjunto de la sociedad. Sin embargo, cuanto más minoritario o menos productivo seas (en paro, sin papeles) mucho más discriminado, apartado y ausente te sentirás de este proyecto para “todos” que tan sólo cuenta con unos pocos.

Por estas razones, es necesario reinterpretar y reestructurar el espacio construido, y más que de ciudad, hay que empezar a hablar de las diferentes ciudades que existen en cada una de ellas, diferentes según las diferencias sociales, culturales, sexuales... de las personas que las habitan. Es importante hacer visibles a esos sectores desposeídos, entender los espacios públicos como una oportunidad para crear áreas

de relación y plantearlos como espacios de mezcla multifacética de la realidad ciudadana, pues las ciudades son cristalizaciones de procesos políticos, históricos y culturales donde la gente y su hábitat son producidos y se producen mutuamente. Evidentemente, la ciudad es lo construido, aquello más objetivo y visible, pero también es lo constituido por los usos sociales, las normas y las instituciones. Los distintos espacios tienen distintos significados y representan distintas relaciones de poder que varían con el tiempo, de manera que podemos favorecer y propiciar la creación de espacios excluyentes o convivenciales, alentar la complicidad entre las diferentes realidades que conviven o generar aislamiento y exclusión. Por ejemplo, la casa puede ser un lugar seguro, un espacio donde esconderse o una trampa; las calles y los parques son para algunos espacios de liberación y descubrimiento (los gays), en cambio para otros pueden resultar lugares inaccesibles o peligrosos (las mujeres). Por eso, deberíamos ser conscientes de que no se vive el espacio doméstico del mismo modo ni habitan el mismo Madrid, París o Londres, un joven sin empleo que un aposentado empresario, un hombre que una mujer, un europeo que un inmigrante, un matrimonio con hijos que un gay o una lesbiana, cada uno/a lleva consigo un conjunto de aspectos que condicionan sus vivencias. Es, por tanto, la suma y la pugna entre todas esas posibles ciudades las que conforman la “ciudad” en la que vivimos.

De este modo, hay que intentar deconstruir esa visión de la ciudad como un espacio neutro, y sin historia, en la que subyace una concepción atemporal y deslocalizada y que tiene la pretensión de crear categorías universales de validación, lo cual conlleva una falta de percepción de las distintas identidades y de las diferencias entre ellas, al tiempo que es una apuesta decidida por la globalidad y la universalidad como valores profundamente masculinos.